

aquel lugar, habia esparcido la noticia de su llegada, y los judios, deseosos de ver al Salvador y á Lázaro, á quien habia resucitado, corrieron en tropel al castillo donde moraba el amigo de Jesús. Era en verdad un espectáculo digno de la mayor admiracion ver en una misma casa á un hombre tan poderoso que resucitaba á los muertos de cuatro dias corrompidos ya en el sepulcro, y al que era tan dichoso, que no solo habia recibido de aquel esta gracia singularísima, sino que tenia tambien la dicha de hospedar en ella al amantísimo Bienhechor que le habia vuelto la vida.

Si se considera la ardentísima caridad de Jesús con respecto á Lázaro, será fácil de comprender el motivo por qué este dispuso, segun se cree, aquella cena que el mismo Evangelio llama *grande*, para obsequiar á su Bienhechor; porque si la gratitud, aun por pequeños favores, es hija de pechos nobles y está bien en todas las personas, cae mucho mejor en las de hidalguía y nobleza que recibieron los mas extraordinarios y señalados. Surge empero de ahí una dificultad, al parecer no pequeña, que es preciso esclarecer. San Juan, á quien seguimos en este capítulo, da á entender, aunque no lo dice claramente, que este hospedaje y cena fueron en casa de Lázaro, puesto que asegura que esta venida de Jesús á Bethania fué seis dias antes de la Pascua, los que deben contarse íntegros desde el sábado, que coincidió en aquel año con el dia ocho del mes *Nisan*, equivalente al 28 de nuestro marzo, hasta la sexta ó viernes, en cuya tarde empezaba la Pascua; y designando las personas que figuraron en esta ocasion, solo nombra Marta, María y Lázaro. Esta circunstancia y otras anotadas oportuna y ligeramente por el Evangelista, prueban que este pasaje histórico no es idéntico ni debe confundirse con el que refieren san Mateo y san Marcos, á saber, sobre el hospedaje y banquete que se hizo al Señor tambien en Bethania y en casa de *Simon el leproso*, porque esto sucedió dos dias antes de los ácidos y de la Pascua, esto es, el miércoles ó la feria cuarta siguiente.

A mas de esto añade san Juan: *Que habiendo tomado Maria una libra de precioso bálsamo, ungió con este unguento los pies de Jesús y los enjugó con sus cabellos.* San Marcos dice: *Que hallán-*

CAPITULO XVIII.

ES RECIBIDO JESUS EN EL CASTILLO DE BETHANIA POR MARTA Y MARÍA; Y CONVIDADO A COMER EN CASA POR LAZARO, SU HERMANO, DERRAMA MARÍA EL UNGUENTO SOBRE SU CABEZA.

Acercábase por instantes el momento de la pasión y muerte de Jesús, y queria su Majestad que tuviese esta toda la publicidad que anunciaban los profetas y que pedia el cumplimiento de las profecías. El lunes habia partido el Señor de Efen y dado su vuelta por la llanura, ciudad y desiertos de Jericó, para volver á Bethania el viernes. En esta marcha estuvieron poco conformes los designios de Jesús con las ideas de los apóstoles: persuadiéronse estos que el Salvador queria aquel dia ir á Jerusalem, ó por lo menos á la casa de Lázaro, á quien habia resucitado; pero el Señor dispuso las cosas de manera que al acercarse al burgo de Bethania ya venia la noche, y empezaba el sábado al ponerse el sol; respetó la ley del santo descanso, y no pasó del paraje donde le cogió; al dia siguiente por la tarde en que cesaba la obligacion del sábado, llegó á Bethania al entrar la noche. Esta detencion de Jesús tan cerca de

dose Jesús en Bethania en casa de Simon el leproso, estando sentado á la mesa, vino una mujer con un alabastro (supónese vaso ó redoma), lleno de unguento ó perfume hecho de la espiga del nardo, de mucho precio; y quebrado el alabastro, derramó el bálsamo sobre la cabeza de Jesús [1]; y lo mismo y casi con las mismas palabras dice san Mateo [2]. Luego por la propia narracion de los Evangelistas se demuestra que hubo en Bethania dos cenas ó convites para Jesús en el espacio de seis dias: la primera en casa de Lázaro y la segunda en casa de Simon el leproso, puesto que aquella fué seis dias antes de la pascua y esta solo lo fué dos, pudiendo muy bien suceder que en la una y en la otra se repitiese el afectuoso obsequio de María á su amantísimo Maestro, porque como mas contemplativa y dada á la oracion, pudo tal vez tener mayores revelaciones y comprender con mas claridad la proximidad de la muerte de Jesús, con cuyo motivo desearia sin duda prodigarle mayores consuelos. Sin que contradiga ni repugne á esta explicacion el que en una y en otra ocasion prorumpiese el discípulo traidor en amargas y violentas censuras contra la caritativa accion de María, porque siempre fué infiel, pérfido y avaro; y abusando constantemente como todos los hipócritas y malvados de la piedad y religion para ocultar sus vicios, trataba de disfrazar su codicia con máscara de celo y de caridad.

Vino Jesús á Bethania, esto es, á la casa de la obediencia, en cuanto á la causa de la pasion, porque se hizo obediente á su Eterno Padre hasta la muerte, y muerte de cruz; y en cuanto al fruto de la pasion, que consiguen solo aquellos que á él obedecen, segun lo dijo san Pablo [3]: “Aunque era Hijo de Dios, aprendió como “hombre á obedecer; y así consumado ó sacrificado en la cruz, vino á ser causa de salvacion eterna para todos los que le obedecen.” Y san Gerónimo glosó tambien en el mismo sentido el texto de san Márcos, y dijo [4]: “Habiendo de padecer el Señor por to-

[1] Marci. cap. 14, v. 3.

[2] Math. cap. 26, vs. 6 et 7.

[3] Div. Paul. Ep. 2.ª ad Hebraeos, cap. 5, v. 9.

[4] Div. Hieronim. in cap. 14 Marci.

“do el mundo y de derrimir con su sangre todas las naciones, vino “y moró en Bethania en la casa de la obediencia, porque el cachorro de los ciervos siempre vuelve á la cama ó á la madriguera “de donde salió, y el Hijo obediente á su Padre hasta la muerte, “exige de nosotros obediencia.” El venir á la casa donde habia muerto Lázaro y al que resucitó, fué asimismo para demostrar que los que se hallan muertos por la culpa en aquella misma casa, resucitan tambien para caminar por el camino de la justicia; y que allí preparasen una gran cena para Jesús, tampoco carece de misterio, porque recibe el Señor grandes fuerzas recogido con nuestra obediencia. Servia la solícita Marta al Señor, Lázaro comia en la mesa y María derramaba el bálsamo á sus pies; porque la obediencia es activa y solícita; es á la par sosegada, frugal y modesta, y sobremanera ardorosa y contemplativa, cuyas bellas condiciones estaban perfectamente representadas en los tres hermanos que habitaban en la casa de la obediencia.

No son solos empero estos los misterios que encierran y se descubren en la ida de Jesús á Bethania seis dias antes de la pascua. Seis dias antes de consumar las obras de la redencion fué á la casa de la obediencia el que empleó seis dias en las obras de la creacion. En el sexto dia creó al hombre, y le redujó en la sexta edad del mundo, en la feria sexta y en la hora de sexta. Aquella cena que se celebró seis dias antes, fué obra del amor de Lázaro, de Marta y de María, y representó la fe de la nueva Iglesia, que es obra toda del amor; y se celebró muy oportunamente en Bethania, casa de la obediencia, porque la Iglesia es la casa verdadera, la oficina y el asilo de la obediencia, y en ella solo se hallan los verdaderos obedientes, que son los que obedecen por amor. Los que obedecen por la fuerza ó por el temor, resisten con la voluntad y obedecen en la apariencia; por esto dice el Sabio: *Que solo el varon obediente cantará la victoria.* El que obedece de veras, camina alegre al martirio, obedece á Dios y triunfa del tirano, de los tormentos y de la muerte; pero el que niega á Dios por obedecer al tirano, le obedece por temor y á la fuerza, y pierde el mérito, la salud y la vida.

Tres eran los hermanos que se hallaban en el castillo de Betha-

nia, y cada uno preparó los obsequios á su modo para recibir al divino huésped. Lázaro hizo las provisiones, Marta las condimentó y sirvió á la mesa, y María preparó una libra de unguento de espiga de nardo, que era el mas precioso y el de mas valor que se conocía. Luego que el Salvador se sentó á la mesa, se acercó á su Majestad, se arrojó á sus piés, los roció con el bálsamo y se los limpió con sus cabellos. ¡Qué ejemplo tan altísimo y digno del examen y atencion de todas las criaturas! Esta uncion es la viva imagen del celo por el culto de Dios, y tambien de la largueza con que debemos socorrer á los pobres y amar á nuestros hermanos! No hay duda que muchos de los gastos exteriores hechos en algunas ocasiones para honrar á Cristo, estarian muy bien empleados en alimentar á sus miembros; pero hay lances extraordinarios en que es sobremanera loable la profusion en el culto, y seria la escasez muy reprehensible. En tal caso se andaria corto con Cristo, so pretexto de remediar á sus miembros. Solo el autor de la caridad puede darnos á conocer cuándo, cómo y hasta qué punto se nos permite este exceso; pero siempre será mostrar muy poco amor á Dios y á su religion, quien da por perdido lo que se gasta en el culto externo. Los que en este punto andan escasos y miserables con Cristo, pongan los ojos en el valor y la autoridad que dió él á este culto externo, aceptándole y dándole por bueno cuando trataba de establecer la adoracion interior del espíritu. Cercéuase hoy á Cristo y á su Iglesia, al culto y á sus ministros, todo aquello que puede hacer aparecer grandes los misterios augustos de la religion del Crucificado, y dar á sus ministros, prestigio, reputacion y autoridad; y se reviste á los grandes tanto prestigio, decoracion y fausto, que solo les falta recibir en la tierra los incienso y honores debidos únicamente á la Divinidad.

¿Pero cuánto se bajaría su orgullo si considerasen bien la humildad y tierna accion de María? Derramó el bálsamo á los piés de Cristo; pero para derramarlo rompió el alabastro, y después los limpió con sus cabellos. ¿Por qué no derramas tú los efectos de tu corazon á los piés del Redentor? ¿Por que no tienes valor para quebrarle? ¿Por qué no te determinas á romper las duras y viles cade-

mas que lo tienen aprisionado? ¿Por qué no te presentas para llover á sus piés con la mayor amargura, y enjugar después tus lágrimas con los afectos del amor y de la mas ardiente caridad? ¿Te ha ocurrido pensar siquiera qué significacion misteriosa tienen los cabellos hermosos de María? Mira bien lo que son los cabellos de la cabeza. No son mas que sobras y superfluidades del cuerpo. Piés de Cristo son los pobres, y cabellos tuyos los bienes que tienes sobrantes: con la buena vida unges los piés de Jesús siguiendo sus huellas, con la limosna los limpias. Oye pues lo que dice san Agustín: *No preguntes lo que has de hacer de tus superfluidades*; lo que á tí te sobra, á los piés de Cristo hace falta. Tal vez con este motivo hizo escribir el Señor á su Evangelista: *Lo que disteis á uno de mis pequeños, á mí me lo disteis*; derramásteis sobre la cabeza de los pobres los consuelos, llenásteis su seno de mendrugos, cubristeis su desnudez con vuestros vestidos superfluos; pero sabed que con ello me obsequiásteis, y yo como propio, recibí el obsequio. María se acercó á Jesús como necesitada á la fuente de la misericordia para lavar sus culpas, y la encontró derramando sobre ella raudales con abundancia. Rompió el alabastro, porque habia roto ya la dureza de su corazon, y la casa se llenó de la fragancia del unguento, como el corazon se llena tambien de aroma de la gracia cuando el Señor derrama sobre él la misericordia. Buen olor derrama por todas partes la criatura cuando es santa en sus costumbres, modesta en sus acciones, prudente en sus palabras, y se presenta en todas partes como un modelo de edificacion; así pudo muy bien decir san Pablo de sí mismo, que era en todas partes buen olor de Cristo [1], pues por su predicacion y ejemplo se esparcia la fragancia de la noticia de Dios por todo el mundo. Nunca María pudo emplear mejor el bálsamo precioso que tenia guardado; sin embargo, la accion no fué aprobada por todos los que se hallaban presentes; siendo mas de admirar que la critica naciese de donde menos debia esperarse, á saber, de Judas Iscariote, de aquel discípulo que habia de entregar á Jesús en manos de sus enemigos; por lo que di-

[1] Div. Paul. Ep. 1.ª ad Coriath. cap. 2, vs. 14 et 15.

jo: *¿Por qué no se ha vendido este ungiendo por trescientos denarios, y se ha repartido esta cantidad entre los pobres?* Adviértase que el valor del denario ascendía á poco mas que el de un real de plata ó dos reales vellon de nuestra moneda; y que por consiguiente podría ser la suma total de poco mas de dos onzas de oro. Hablaba empero de esta manera, no porque él se cuidase de los pobres, ni por un afecto de amor ó de misericordia para los necesitados, sino porque era ladrón y tenia la bolsa, y era depositario de las limosnas que recibía para la manutencion del Señor y de sus discipulos, y quitaba y defraudaba de las sumas que se echaban en ellas. Aparentaba caridad para con los pobres el que dentro de pocos dias había de entregar al hombre Dios en manos de sus enemigos. El que era aun contado en el número de los apóstoles, fué el mismo que se atrevió á criticar la generosa liberalidad de esta ferviente y amante discípula. ¡Oh, y cuántos imitadores tiene entre los cristianos de nuestros dias la sacrilega murmuracion del discípulo traidor! La liberalidad con que algunas personas piadosas procuran mantener la magnificencia del culto divino, es generalmente murmurada por la irreligion secreta, por la avaricia oculta y por la hipocresía de la impiedad que se cubre con los afectos de una caridad sincera y de la compasion de los pobres. No se murmura ni se reprende en favor de los necesitados el lujo asiático de los palacios de los reyes, el fausto superfluo de los de los grandes, el exceso en los vestidos, la superabundancia y lujo de los distintivos de librea, los magníficos trenes de caballos con que se sale á los paseos, la suntuosidad y frecuencia de los convites y la excesiva profusion de las comidas y bebidas, y se mira con dolor, pretextándose el amor de los pobres, el que un cristiano se interesa por la decencia de los altares.

Si de este lujo y aparato exterior con que se pretende rodear las criaturas para dar mas importancia á su autoridad y persona, se entra en el exámen y registro de sus salas, gabinetes, estrados, y hasta tal vez de las cuadras y caballerizas de sus caballos, por todas partes se verá, no solo la suntuosidad, sino hasta la prodigalidad en el oro y las piedras preciosas, sin que para esto se tenga nunca cuenta alguna con la compasion de los miserables. ¿Y será posible ha-

ya de entrar precisamente esta compasion cuando se atiende á la decencia de la casa del Señor, á quien lo debemos todo y á quien vemos frecuentemente alojado hasta con indecencia en el estrecho recinto de un pequeño tabernáculo? ¿Será posible que tanto esplendor se busque, tanta magnificencia se gaste y tanto oro se expendá para dar prestigio á un vil gusanillo de la tierra, y tampoco se cuide de darlo á Aquel que todo lo llena con su majestad y grandeza, todo lo dispone con su providencia adorable, todo lo engalana y hermosea con su sabiduría inmensa, y que en fin, á todos compró y redimió con su sangre? Quien habló en Júdas fué en efecto la páfida impiedad, y su codiciosa avaricia autorizó su locucion. Un solo murmurador basta para turbar la paz de una familia, el reposo de una nacion, y estorbar en ella el fruto de buen ejemplo. No hay obra, por buena que sea, que no esté expuesta á la maledicencia y á la calumnia: mil veces se cubre la asquerosa envidia con el manito preciosísimo de la caridad. El mundo, representado en Judas, trueca fácilmente los nombres de las cosas: al fervor llama indiscrecion, al celo llama enojo, y á las lágrimas de la penitencia y á los suspiros del arrepentimiento apellida susurros de la hipocresía. ¿Qué entiende el mundo de las cosas de Dios? ¿Qué tiene que ver su espíritu con el espíritu de Dios? Ninguna conexion hay entre la luz y las tinieblas, entre la verdad y la mentira. Dios es la luz y la verdad; el mundo, las tinieblas y la mentira. Solo él pues puede condenar á los que no siguen sus máximas y á los que emplean sus fuerzas, su salud y sus bienes en servir y seguir á Cristo.

De lo dicho hasta aquí se infiere claramente que Judas era un hombre malo y que su corazón estaba lleno de iniquidad; y aunque seguía á Cristo, no le seguía con el corazón, sino solamente con el cuerpo, como advierte san Agustin. Llenaba el número de los doce apóstoles, mas no era para él la bienaventuranza apostólica; solo en la apariencia era el duodécimo. Cayendo él y sucediéndole otro, fué suplida la verdad apostólica y permaneció entero el número. De aquí empero resalta una consideracion importantísima y un ejemplo admirable que no debe pasar desapercibido: ¡qué nos da á entender Cristo sufriendo entre sus apóstoles á un hombre tan per-

didó como Judas? No otra cosa sino que debemos tolerar á los malos por no sufrir que se lacere ó divida el cuerpo de Cristo. Mira á Judas entre los apóstoles y al ladrón entre los santos: con aquellos estaba el discípulo murmurador, pero no los contaminaba. De un mismo pan comieron Pedro y Judas: Pedro comió el de la vida y Judas su condenación. Así se verifica que lo que es motivo de gozo y ocasión de la salud eterna para el que es fiel á Dios, lo es de desgracia y eterna condenación para el que le es infiel. No obstante, para justificar la inocencia de María, no reveló Jesús el delito oculto de Judas. Alabó públicamente á la acusada y llamó la mala disposición del culpado. Dejad, dijo á esta fervorosa israelita, ungió mis pies el día de hoy con ese bálsamo precioso y exquisito. No obstante, ella puede gastarlo con economía y guardar lo que quedare para honrar mi sepultura. Por lo que mira á los pobres, cuyo interés se manifiesta llegar al corazón, yo los amo y no quiero que se dejen de atender. Pero jamás dejareis de tener pobres á quienes socorrer con vuestras limosnas, y no siempre me tendréis á mí en estado de recibir semejantes demostraciones de afecto y de respeto.

En estas doctrinas de Cristo se ve claramente demostrado cuán peligroso es para la criatura el manejo de las riquezas temporales, viendo que Judas, destinado para este encargo, aun viviendo entre los apóstoles, se pierde miserable. También para consuelo nuestro se nos descubre que la virtud calumniada siempre puede estar segura de que tendrá á Cristo por su defensor. A él le toca defender á los suyos y á estos sufrir callando, á imitación de su Majestad, el juicio inicuo del mundo, mientras el interés de la verdad ó la deuda de la caridad no los obligue á defenderse. En verdad que es muy lisonjero para enamorar el corazón de la criatura, el tierno afecto con que Cristo celebra el obsequio de María, pues con tanta anticipación fué honrado en ella el misterio de su sepultura. Sus últimas palabras fueron un anuncio claro de la proximidad de su muerte, el que no pudo dejar de afligir y desconsolar el corazón de los que se hallaban presentes. No obstante, parece que ninguno atendió con bastante seriedad á esta tan franca manifestación; por manera que los judíos que lo oyeron, habiendo vuelto á Jerusalem

llenos de fe y confianza, no pudieron disimular los afectos y sentimientos de que se hallaron poseídos sus corazones; y si se ha de juzgar por las consecuencias que tuvieron algunas disputas contra los incrédulos, mediante las que se separaron algunos de la escuela de los fariseos, y creyeron que Jesús era el Mesías prometido, y tenían á gloria el ser contados en el número de sus discípulos, se podrá concluir sin temor de equivocarse, que ellos dieron un grande impulso para que se cumpliese cuanto antes aquella interesante profecía.

ORACION.

Señor mío Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que habiendo de padecer, por todo el mundo veniste á morar por algún tiempo á Betania; esto es, en la casa de la obediencia, y quisiste cenar allí, permitiendo que tus pies fuesen ungidos con un bálsamo precioso; dame fe, para que perseverando en la verdadera obediencia, entienda los misterios y ejemplos admirables que se encerraron en aquel convite. Sepa yo, Señor, honrarte en el tiempo de tu humillación; sepa emplear los bienes que recibo como dones de tu largueza, en obsequio tuyo, y en socorro y alivio de tus miembros, no sacrificando mas algo de estos desde hoy en adelante en servicio de mis pasiones, sino el de la caridad que debo á mis prójimos. No permitas que haga caso de los juicios y pareceres del mundo cuando se trata de servirme á tí, sino que enteramente me dedique al cumplimiento de tus leyes, sin apartarme jamás de las prácticas de piedad que tu santa religión me enseña, para que obedeciéndote en todo y siguiendo en todo tus máximas y preceptos, llegue por su cumplimiento á poseerte y alabarte por eternidades en la gloria. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo corresponde al XII del Evangelio de san Juan, desde el versículo 1.º hasta el 9.

La Iglesia usa de este texto para el Evangelio de la misa del lunes Santo ó del domingo de Ramos; dice así:

EVANGELIO DE LA MISA DEL LUNES SANTO.

San Juan, cap. XII, vs. 1 al 12.

Seis días antes de la Pascua vino Jesús á Bethania, donde Lázaro había muerto, al que resucitó Jesús, é hicieronle allí una cena, y Marta servía, y Lázaro era uno de los que estaban sentados á la mesa juntamente con él. María pues tomó una libra de unguento de nardo puro de mucho precio, y ungió los piés de Jesús, y limpió después con sus cabellos, y la casa se llenó de la fragancia del unguento. Dijo entonces uno de sus discípulos, Judas Iscariote, el que le había de entregar: ¿Por qué no se ha vendido este unguento por trescientos dineros y se ha dado á los pobres? Mas dijo esto, no porque estuviere á su cargo el cuidado de los pobres, sino porque era ladrón; y teniendo la bolsa llevaba lo que se echaba en ella. Dijo entonces Jesús: Dejádla que lo aproveche para el día de mi sepultura, porque á los pobres siempre los tenéis con vosotros, mas á mí no siempre me tenéis. Llegó pues á entender una gran muchedumbre de los judíos que estaba en aquel lugar, y vinieron no solo por causa de Jesús, mas tambien por ver á Lázaro, al cual había resucitado de entre los muertos.



CAPITULO XIX.

ENTRA JESUS TRIUNFANTE EN JERUSALEN SENTADO SOBRE UNA JUMENTILLA, Y AUNQUE ES BIEN RECIBIDO, LLORA DESPUES SOBRE LA CIUDAD, PRESAGIANDO SU RUINA.

Jamás vieron los siglos un espectáculo tan grandioso é imponente y tan digno de atención como fué el de la entrada gloriosa de Jesucristo en la ciudad santa, porque ella era el anuncio claro de la victoria que iba á conseguir contra la vanidad del mundo y la tiranía del infierno. Ella era la figura del señorío espiritual que ejerce en su Iglesia y en las almas de los justos; ella era la escuela de los que buscan la gloria en la humillación, porque era la afrenta de los que solo quieren ser exaltados por los caminos de la humana soberbia. Confúndanse por tanto todos los grandes y poderosos de la tierra en medio del ostentoso aparato con que procuran encubrir las miserias que los igualan con los otros hombres. El Rey de los reyes y el Señor de los señores, el Repartidor de los cetros y los imperios, el que arroja los potentados de su trono y los confunde entre el polvo de la tierra, el que eleva á los pequeñuelos y humildes y los sienta entre los tronos de su eterno imperio, el